

Deber y condiciones de eficacia

Cuarta parte

Las circunstancias

CAPÍTULO TERCERO

El caso de nuestras ciudades pluralistas

por

JEAN OUSSET

DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

CUARTA PARTE:

LAS CIRCUNSTANCIAS

CAPÍTULO III.

EL CASO DE NUESTRAS CIUDADES PLURALISTAS

Quinto caso contemplado.

El de una sociedad con las estructuras quebrantadas por la Revolución y profundamente dividida en creencias.

Este caso es el más frecuente. El de la Francia de hoy. El de casi todas las naciones del mundo llamado "libre".

En estos países ya no hay instituciones cristianas respetadas como tales.

No solamente ya no se cree en la obligación de trabajar por la instauración del reino social de Jesucristo, sino que el solo recuerdo de esta doctrina exaspera.

Tres siglos de "filosofía separada" (1) han provocado un clima de escepticismo generalizado.

En cuanto a esa religión de "buenos modales", que Simone de Beauvoir nos dice era la de su padre, ya nadie ni la tiene ni la quiere.

Algunos invocan, ciertamente, ese respeto al derecho natural, que la Iglesia designa como uno de los fundamentos de su moral.

Pero aunque muchos tienden a evocarlos, nada hay más discutido que la cosa en sí misma.

Muchos olvidan que, para ser moralmente coercitiva, la re-

(1) Fórmula por la que se designaba no hace mucho a la filosofía ... "separada", sistemáticamente cortada, de la teología católica.

ferencia al orden natural supone que Dios —un Dios creador y remunerador— sea al menos reconocido como su principio y su fin. Pero esto no sucede. La noción del orden natural no suele ser evocada, lo más a menudo, sino para huir de la referencia a Dios.

Guardémonos, pues, de toda ilusión en materia de orden natural. Está muy lejos de mostrarse como una fórmula de buen criterio universalmente admitida. En el estado actual de los espíritus, no es en modo alguno una especie de síntesis preestablecida que bastaría evocar para suscitar un movimiento unánime de acción social o de unidad cívica.

Sola, o casi, la Iglesia católica continúa presentando una filosofía coherente de la naturaleza, del orden natural, del derecho natural. Ahora bien, si se estima más hábil evocar a este último para evitar el desagradar a los no cristianos, el éxito ya no será tan fácil.

Interesa, pues, proceder de otro modo...

... Tanto desde el punto de vista dogmático como desde el punto de vista táctico.

Desde el punto de vista dogmático: enseñar la verdad, no erigir en doctrina lo que hay que tolerar.

1.º Enseñar incansablemente la verdad, la verdad integral, la plena y segura doctrina a quienes, aunque sean poco numerosos, estén dispuestos a oírla y retenerla.

Constituir así como una reserva irreductible que, cualquiera que sea la malicia del momento, se considere obligada a afirmar y transmitir la verdad intacta (2).

Lo que conduce a...

2.º Evitar ante todo dejarse engañar por lo que antes hemos llamado la dogmatización de un día (3), la dogmatización

(2) Según lo que ha sido dicho por Mons. Freppel en una cita precedente... cf. *supra*: parte IV, cap. II; en nota.

(3) Cf. *supra*. Parte IV, cap. I, *in fine*.

de las fórmulas conciliadoras, la dogmatización de los sistemas de circunstancias.

No es verdaderamente peligroso el que existan esas fórmulas, el que esos sistemas sean inevitables. El mal, el peligro, está en la dogmatización que tiende a hacer de esas fórmulas la "propaganda".

Ahora bien, no hay medio más seguro para hacer perder a gran número de personas todo sentido de la verdad que el conceder a las transacciones, a las fórmulas oportunistas efímeras un tono y unos atributos que sólo son debidos a la verdad de ayer, de hoy y de mañana.

Evitar, por lo tanto, elevar a dogmas las fórmulas bastardas.

Aunque haya que tolerar estas últimas, no hay que temer en designarlas como lo que son. Porque es menos grave tolerar un mal sabiendo que es un mal, que proponer la adopción de una verdad bastardeada como un progreso hacia la verdad.

Desde el punto de vista táctico: tener en cuenta la incoherencia de los hombres en el error. Apelar al sentido común.

¿Qué hacer en este punto?

Ya lo hemos repetido: la sola proclamación de la verdad no puede bastar.

Es menester, para ser eficaz, tomar la situación tal y como es, y, haciendo a mal tiempo buena cara, aplicarse a sacar provecho de todas las ventajas de lo que, por otra parte, hay que deplorar.

Por desoladora que parezca, por ejemplo, esta incoherencia intelectual a la que acabamos de aludir, es conveniente saber que no deja de ofrecer algunas posibilidades para excelentes contraataques.

Se ha perdido bastante el gusto por la verdad. Ello es innegable. Pero más bien el gusto por la verdad total, por la verdad sistemáticamente desarrollada, ordenada y presentada. La perspectiva de las grandes síntesis doctrinales repugna. Sólo perma-

nece ese gusto natural, inalienable, de las verdades fragmentariamente recibidas y vividas.

“Las largas obras me dan miedo”, confesaba La Fontaine. Las largas síntesis de verdad no asustan menos a nuestros contemporáneos.

Pero cuando la verdad ya no interesa con la amplitud de sus síntesis, cuando ya no se la recibe en sistema y como en la unidad de su todo, no hay más que una solución. Pero no la de aminorar esta verdad, sino de fragmentar su presentación. Sin anunciar *a priori* la síntesis final, la etiqueta global.

Nueva “maieútica” o, con otras palabras, arte de hacer descubrir interlocutor, por una serie de preguntas, las verdades que lleva en sí mismo.

Nuestros contemporáneos tienen el horror de ser “adoctrinados”...

Basta con estar prevenidos.

¡Cuántos católicos preconizan, sinceramente, el divorcio, el comunismo, la eutanasia...!

Y asimismo, ¡cuántos luteranos ignoran completamente a Lutero; cuántos calvinistas no saben nada de Calvino; cuántos comunistas nunca han estudiado a Lenin, o a Marx; cuántos socialistas son incapaces de decir lo que hay que entender por socialismo!

Lo que es lamentable en cierto sentido. Pero buenísimo en otro. Porque ello prueba que casi nunca debemos detenernos en las etiquetas, sino ir directamente a la descripción de lo real.

No es que preconicemos una gran licencia del vocabulario. Estamos, por el contrario, persuadidos que no se trastroca impunemente el sentido de las palabras. No aconsejamos el empleo de cualquier término para designar cualquier cosa. Desaconsejamos, simplemente, comenzar cada debate por esos diálogos de sordos, que suelen ser generalmente los conflictos de etiquetas.

Para quien sabe el sentido de las palabras, “socialismo” significa una intervención cada vez mayor de la colectividad, por no decir del Estado, en las actividades o en sectores que corresponden normalmente a la iniciativa privada. No hay socialismo que

no responda a esa descripción. Socialismo es, pues, sinónimo de estatismo, de totalitarismo.

Ahora bien, ¿cuántos socialistas tienen conciencia de ello? Cuántos, por el contrario, hacen coro, no por cierto contra el socialismo explícitamente atacado, sino contra la evidente incapacidad del Estado en gestionar con eficacia lo que no es de su incumbencia. Y solamente cuando se aclare bien este punto será posible mostrar que el socialismo, al que tantas buenas personas invocan, es precisamente esa cosa que de hecho critican y cuyos progresos deploran.

Porque si es cierto que muchos católicos no lo son más que de apariencia, es consolador pensar que muchos adversarios tampoco lo son más que por el nombre. Es preciso ir, pues, al fondo de las cosas.

Nos acordamos de una conversación con unos luteranos que habían tenido la bondad de aplaudir una de nuestras conferencias sobre la libertad. Sin embargo, no pudimos dejar de pensar que esos luteranos, si lo hubiesen sido plenamente, no habrían debido aprobar de tal manera aquella exposición.

Pero, ¿qué habría habido que hacer?

¿Hubiera sido mejor transformar el debate en conflicto de sistemas? O lo que es lo mismo: ¿hacer observar a esos luteranos que, en nombre de su luteranismo, era imposible todo acuerdo?

O ¿no hubiera sido mejor ir al fondo de las cosas? Exponer claramente la verdad, sin preocuparse de cuestiones de nombre. Subrayar "lo que es"; confiar en el poder persuasivo de una verdad mejor explicada, y esperar a que el espíritu se adhiciese a ella plenamente.

Apelando de esta forma a lo real más que a las apariencias, es inmenso el número de verdades fundamentales que se podrían hacer admitir a una multitud de gente que, de atenerse a su denominación política o religiosa, deberían rechazarlas. Y, sin embargo, las aceptan. Ya que bajo las desviaciones ideológicas más características, siempre existe una buena parte de buen sentido

que permanece, con un cierto gusto por la verdad, correctamente presentada.

Es a esa parte de buen sentido al que hay que apelar. Es ese gusto que no se puede perder a la verdad al que hay que satisfacer.

Mediante esta reconquista de las verdades, una por una, es preciso tender al restablecimiento de la verdad total en los espíritus.

* * *

Pero es preciso no engañarse.

Lejos de hacer inútil una seria formación doctrinal una tal acción la supone más profundizada. Porque no basta formular proposiciones doctrinales aprendidas de memoria. Es menester que esas proposiciones hayan sido asimiladas, hasta tal punto que ilustren nuestras conversaciones, pero que no se transparenten de un modo agresivo. Porque entonces los reflejos de repulsa al adoctrinamiento no dejan de manifestarse en el interlocutor.

Es menester que las razones de la verdad no se trasluzcan en nuestras conversaciones más que a modo de nociones de común evidencia, de clara prudencia y de puro buen sentido.

Necesidad, pues, de una formación doctrinal —no decimos más erudita, ya que se huye de los pedantes tan pronto como se les ve—, pero de una formación doctrinal más armoniosamente asimilada.

* * *

Para que una tal acción pueda revitalizar los más pequeños tejidos del cuerpo social es necesario que esté omnipresente, eminentemente diversificada.

En consecuencia, es necesario adoptar fórmulas de acción que permitan a la aportación doctrinal, a la sincronización táctica, responder a las exigencias de cada caso, a las necesidades de cada medio.

Porque es vano pretender que todo el mundo acepte todo, o diga todo en seguida por todas partes.

En el actual estado de los espíritus sería inmenso el provecho y el resultado decisivo si, en cada ambiente, las verdades más necesarias fueran juiciosamente propuestas (4).

(4) Un ejemplo concreto de esta doble e indispensable preocupación nos lo proporciona la posición de los maestros católicos de la enseñanza pública francesa. Su situación es, a escala reducida, la imagen misma del caso estudiado en este capítulo. Como es sabido, la escuela pública es *laica* (oficialmente "neutral"). Sus alumnos son católicos, protestantes, judíos, mahometanos, indiferentes. La división de creencias es, por tanto, completa. Los maestros católicos de esas escuelas no podrán transmitir la sana doctrina a sus alumnos sin caer en un doble desacuerdo: ... desacuerdo con el Estado, que los ha contratado para dar una enseñanza "neutral", y desacuerdo, por otra parte, con un punto de la enseñanza católica que exige el respeto del derecho natural de los padres a educar a sus hijos según sus propias convicciones.

Pío XII no ha dejado de dar a estos maestros de la enseñanza pública consignas a la vez doctrinales y tácticas, cuyo ejemplo puede ilustrar otros muchos casos.

Dirigiéndose a un grupo de universitarios, Pío XII les dijo, en efecto... "A pesar de todo estimáis que podéis y debéis, sin la menor injerencia ilegítima o simplemente ilegal, hacer bien, un gran bien a esas "almas jóvenes. ¿Lo podéis hacer de otro modo que por esa influencia "secreta de la gracia desbordante y de la oración?

"El Apóstol San Pablo despliega ante vuestra vista un amplísimo horizonte en su Epístola a los Romanos (1-20). Porque desde la creación "del mundo, lo invisible de Dios, escribe, su eterno poder y divinidad, "son conocidos mediante las criaturas... ¿Sería menester, por estas "criaturas", entender únicamente a las criaturas materiales e inmediatamente "perceptibles a los sentidos? ¿O no es cierto que también hay que contar "entre ellas las grandes leyes generales que rigen al mundo y que aún a "falta de la Revelación y de la fe, SE DESCUBREN A LA RAZÓN NATURAL "leal y atenta?

"Son todas las ramas del saber humano las que manifiestan a la inteligencia, tanto las obras de Dios como sus leyes eternas, y su aplicación al desarrollo físico, moral y social del mundo. Aún más, le es "imposible a quien quiera que sea, exponer, con amplitud e imparcialidad, "la historia de los acontecimientos y de las instituciones, sin que, aun "fuera de toda presentación, de toda insinuación dogmática o apologética,

Es tal la multiplicidad de casos a considerar, que un estudio, incluso somero, sería interminable y sobrepasaría el marco de este trabajo.

Recordemos, por lo menos, los dos itinerarios posibles que en estas dificultades Pío XII señalaba en el texto que acabamos de citar en la nota.

1.º Encaminamiento hacia Dios por medio de un sentido más exacto del orden del mundo. Orden no solamente material, sino intelectual, moral, espiritual.

2.º Probar, por medio de la historia, los beneficios de Jesucristo y de su Iglesia (5).

Desde el punto de vista de estas verdades, fragmentarias, de las que no se pueden, por desgracia, hacer adoptar sus desenvolvimientos, un comienzo de acción política y social siempre es posible.

Acción abocada a mil compromisos. Compromisos a los que conviene, ciertamente, conservar su carácter de transacción (6): por temor de ver a la mayoría de los hombres, concediendo a lo que es sólo un medio, a lo que es sólo una fórmula relativa y transitoria, el prestigio de una suprema finalidad.

Es, pues, preferible, en lugar de UN ÚNICO sistema, en lugar de UNA SOLA fórmula de compromiso, favorecer modos de acción

"no se vea brillar, con una claridad sobrehumana, la luz de Cristo y de "su Iglesia."

(5) ¿Por qué habrá de ser imposible, por ejemplo, hacer comprender a los franceses incrédulos el valor, al menos espiritual, del hecho histórico de Juana de Arco? Enunciar simplemente que creía oír voces, ¿sería ir contra los datos históricos mejor establecidos? ¿No mantuvo ella hasta la hoguera que "sus voces no la habían engañado"? Incluso, si en la escuela laica resulta imposible enseñar que "Jesucristo posee un título de soberanía más particular sobre Francia", no se puede escapar al deber muy objetivo, muy histórico, de enseñar que Juana tenía a Carlos VII por el lugarteniente de Cristo, único Rey de Francia; y que hizo reconocer este reinado y esta lugartenencia por acta notarial. Esto no es "dogma". Es historia. Cualesquiera que sean las opiniones religiosas o morales de aquellos a quienes uno se dirija.

(6) Cf. *supra*, IV parte; cap. 1.º, *in fine*.

multiformes. En lugar de una sola fórmula, preconizar la puesta en marcha simultánea, de varias (7). De este modo los riesgos de dogmatización, de transformación de lo relativo en absoluto, son mucho más restringidos. Y mayores también las posibilidades de maniobra, susceptibles de favorecer una prudente progresión hacia un mejor estado de cosas.

* * *

Se adivina la importancia de ese método en una época en la que la acción común entre creyentes e incrédulos es una necesidad cotidiana.

Sin ninguna unidad en el sentido estricto, puesto que hay oposición de doctrinas. Pero simple acuerdo en la prosecución de ciertas ventajas cercanas.

Acuerdo sobre los resultados, como se dice hoy. A condición de no dejarse engañar por la expresión.

"Supongamos, escribía el P. P. Descoqs, dos grupos de hombres, creyentes e incrédulos, entendiéndose para transportar pedregales maderos por el atrio de Notre-Dame. El primer grupo tiene la intención de levantar con éstos un andamio para la reparación del santuario; el segundo medita levantar una pira que acarree la destrucción de la Iglesia. Los dos grupos están, sin embargo, de acuerdo en el resultado inmediato, que es transportar los maderos hasta la catedral. Pero las intenciones y los fines de unos y otros son contradictorios. Su *connubium* es simplemente inmoral. Hay que condenarlo sin reservas.

"Supongamos, por el contrario, que estos dos mismos grupos

(7) En países en donde cristianos y musulmanes se codean, por ejemplo, ¿cuál podrá ser el compromiso familiar? ¿Sobre qué se fundará? ¿Sobre la monogamia? ¿Sobre la poligamia? Se puede ver el callejón sin salida para una solución de orden especulativo, pseudodoctrinal. El acuerdo no es posible más que en el plan de realidades fragmentarias, sobre verdades de detalle. Es, pues, inadmisibles el desorden de atreverse a presentar como LA PANACEA lo que nos es más que un expediente... Y es esencial proceder de manera tal que un mal menor no sea tomado por el bien mismo.

"se entienden en el transporte de maderos con el fin común de
"contribuir a la reparación de la Iglesia. El primero, es cierto,
"por puro espíritu de fe, para rendir homenaje a Dios, mientras
"que el segundo quiere solamente salvaguardar una maravilla ar-
"tística, un legado de la antigua Francia...

"No por ser menos elevada esta segunda intención es, en ma-
"nera alguna, inmoral; por lo que no se ve dónde podría estar
"la injusticia o la inmoralidad de la colaboración de esos dos
"grupos que persiguen obtener un mismo resultado concreto, que
"es el transporte de maderos sobre la plaza de Notre-Dame, pues-
"to que tanto el uno como el otro se proponen cooperar a una
"misma obra buena.

"Así un creyente y un incrédulo pueden estudiar las condi-
"ciones de prosperidad de un Estado; ambos comprobarán la
"necesidad de asegurar a la familia el mayor desarrollo y, por lo
"mismo, apartar las causas que comprometan su estabilidad, su
"fecundidad: la unión libre, la ausencia de lazos religiosos, el di-
"vorcio. Ambos comprueban el mismo hecho material, la misma
"verdad objetiva; están de acuerdo sobre un mismo punto. De
"esta forma Maurice Barrès pudo defender las iglesias amenaza-
"das de destrucción por los municipios sectarios en nombre de
"la sola tradición nacional. Los católicos que le secundaban en su
"campaña se inspiraban en motivos diferentes, pero no por eso
"dejaban de estar de acuerdo sobre la necesidad de la defensa."

Se podrían multiplicar los ejemplos.

Y nos encontraríamos ante un conjunto de reivindicaciones
materialmente idénticas, susceptibles de ofrecer una cierta base
de acuerdo y de acción. Mientras no surja por otro lado ningun-
na dificultad. Pero sí basta con que surja un conflicto para que
todo pueda venirse abajo por falta de una suprema regla común.

No pudiendo prestarse a ninguna actuación contraria a su
interés espiritual, los católicos deberán buscar un principio de con-
ciliación que salvaguarde sus posiciones (8). Obra difícil, siempre

(8) Es sabido que ante estas dificultades la regla consiste en "pro-
"mover, dentro de los límites de lo que es posible y permitido, lo que

precaria, que consiste en hacer aceptar a personas divididas por credos diferentes decisiones que aceptarían como buenas por razones distintas de aquellas en las que se funda nuestra propia convicción.

Pero la historia, ¿no abunda en ejemplos concluyentes de esta posibilidad y, por lo tanto, de la eficacia (relativa) de semejante táctica? (9).

"facilite y haga más eficaz la unión; protegerla contra lo que la perturbe; soportar a veces lo que se pueda allanar y, asimismo, por ello, no se deberá dejar hundirse la comunidad, pues hay un bien superior que se espera de ella. La dificultad, subraya Pío XII (6-12-1953), reside en la aplicación de ese principio (...). Una mirada a la realidad muestra que el error y el pecado se encuentran en el mundo en amplia proporción. Dios los reprueba, y, sin embargo, les deja existir. Por lo tanto, la afirmación de que "el extravío religioso y moral debe ser siempre impedido, cuando es posible, porque su tolerancia es en sí misma inmoral" no puede valer *absoluta e incondicionalmente*. Dios no ha dado a la autoridad humana un precepto de tal clase, tan absoluto y universal ni en el campo de la fe, ni en el de la moral (...). El deber de reprimir las desviaciones morales y religiosas no puede ser una norma última de acción. Debe estar subordinada a normas más altas y más generales, que, en determinadas circunstancias permitan, y hasta hacen tal vez, aparecer como el mejor camino, el no impedir el error a fin de promover un bien mayor.

"Y así quedan aclarados los dos principios, de los cuales precisa deducir, en los casos concretos, la respuesta a la gravísima cuestión (...) de la tolerancia religiosa y moral (...). Primero: Lo que no responde a la verdad y a la norma moral no tiene objetivamente derecho alguno ni a la existencia, ni a la propaganda, ni a la acción.—Segundo: El no impedirlo por medio de leyes estatales y de disposiciones coercitivas puede, sin embargo, hallarse justificado por el interés de un bien superior y más vasto.

"Mas luego, ver si tal condición se cumple en el caso concreto —es la *quaestio facti*— debe juzgarlo ante todo el mismo estadista católico. En su decisión deberá guiarse por las dañosas consecuencias que surgen de la intolerancia, contrapuestas a las que por la aceptación de la fórmula de tolerancia podrán ahorrarse a la comunidad (...); esto es, por el bien, que, según una prudente previsión, podrá derivarse para la misma comunidad como tal (...)".

(9) Baste con pensar que el Clodoveo de antes de su conversión, ya

Peligros del apologista.

Ciertamente, se está lejos de esta seguridad que sólo puede aportar la plena verdad. Peligro ordinario en el apologista descrito por el Padre Neyron (10).

Mientras el filósofo y el teólogo tratan de penetrar en la doctrina, en captarla en todo su rigor, "el apologista apunta a un blanco directamente práctico; quiere defender esta doctrina, hacerla aceptar por los espíritus de su tiempo. Deberá, pues, tener en cuenta no ya solamente la verdad en sí misma, sino también las preocupaciones que bullen a su alrededor, las ideas de sus contemporáneos, sus prejuicios, incluso sus errores habituales. Y muy pronto se presenta el peligro de tener demasiado en cuenta, de considerar, en primer lugar, estas disposiciones de las almas, para adaptarlas después, más o menos, no solamente la exposición de la doctrina, sino quizás la doctrina misma... Y frecuentemente llegará a atenuar tal verdad esencial, para no herir de frente a una opinión en boga. Tales otros hechos, en cambio, tomarán un relieve excesivo, porque facilitan un acercamiento que se cree hay que aceptar..., etc.

"Para precaverse contra estas seducciones, no hay más que un "medio: fijar la vista siempre y ante todo del lado de la doctrina, penetrarse de ella profundamente, no menospreciar en lo posible ningún detalle, estando resuelto a sacrificarlo todo antes de separarse un ápice de ella. Cuando se está bien seguro de ese terreno, se podrá después mirar en torno a sí, a ver a quién se dirige, cuáles son los mejores medios de no herir, de evitar los mal entendidos y, finalmente, de convencer."

favorable a santa Geneveva y a los obispos. Acordémonos de la instalación de los jesuitas en Rusia, que un José de Maistre supo obtener del zar Alejandro. Pensemos en esos casos innumerables en Francia, en las misiones, en la que los incrédulos, los paganos, confiaron en una Iglesia cuyas creencias no aceptaban. ¿No ofreció Thiers a la Iglesia toda la enseñanza primaria de Francia?

(10) *Le Gouvernement de l'Eglise*, p. VI. Ediciones Beauchesne.

Lo que nos vuelve a llevar a los principios tan frecuentemente recordados a lo largo de estos capítulos: una seria formación previa no solamente doctrinal, sino prudente, estratégica y táctica. Y quizás, más aún, a un conocimiento armonioso de los recursos ofrecidos por el juicioso empleo de la pluralidad, de la diversidad de los métodos y fórmulas de acción.

Porque para evitar los peligros denunciados por el Padre Neyron, para evitar sobrepasar imprudentemente la dosis de concesiones indispensables, hay que guardarse de esquematizaciones uniformizantes.

Porque tienden a dogmatizar lo relativo, lo intermedio.

Porque importa, sobre todo, no conceder más que lo que es necesario. Y no conceder aquí lo que sólo se hace necesario en otra parte.

Es inútil, dicho de otra forma, hacer concesiones en ambientes medios y lugares donde nadie sueña en pedir las... Nada hay más tonto que esa concepción gregaria de la acción (¡incluso del apostolado!) que incita a esperar de ... España, por ejemplo, la aplicación de fórmulas que no tienen sentido más que en los Estados Unidos, de la India, etc. Las divisiones religiosas en estos países son evidentes, en tanto que en España son imperceptibles.

Si, pues, se capta bien la naturaleza y el sentido de la pluralidad y de la diversidad aquí evocadas, resulta indiscutible que estas diversidades ofrecen a la acción sus más seguras, sus más morales, sus más prudentes condiciones de eficacia.

Ante los peligros que ofrecen esas "amalgamas", esas rotulaciones que la Revolución se supera en practicar, no hay duda de que serán menos graves (psicológicamente ineficaces) si chocan con una diversidad tal que el ataque resulte atomizado. Toda fórmula de acción compacta, unitaria, está, por el contrario, destinada localmente a ser aplastada con esas campañas de división, de dialectización, de aislamiento, de calumnias, de descrédito, que la potencia actual de la Subversión hace casi invencibles.

Mientras que una acción, tan multiforme como las ramificaciones de la sociedad misma, será no solamente más beneficiosa,

sino más medicinal, menos ortopédica (11) como tal, y, además, menos vulnerable. Ofreciendo la doble ventaja de ser la imagen del orden social que hay que restablecer, y perfectamente adaptada a las exigencias del combate que hay que reñir.

(11) Cf. *supra*. Primera parte. "Sobre la acción en general... Ortopedia en medicina".

PATRIA - NACION - ESTADO

- I. ESTA COMUNIDAD SOCIAL DE LA QUE SOMOS HIJOS
- II. DEFINICIONES PROPUESTAS
- III. LA EDUCACION DEL PATRIOTISMO
- IV. EL INTERNACIONALISMO
- V. LA NACION CONSIDERADA COMO ABSOLUTO
- VI. UNIDAD DE RAZA Y UNIDAD DE LENGUA
- VII. ERROR DE UNA CONCEPCION DEMASIADO DESENCARNADA DE LA NACION
- VIII. ERROR DE UNA CONCEPCION MATERIALISTA DE LA PATRIA O DE LA NACION
- IX. MAQUIAVELISMO O TOTALITARISMO ESTATAL